

Cuando hubimos tragado la infame pócima, Millán registró los bolsillos y exclamó preocupado: —¿Caramba! No tengo dinero; creí que me quedaba una peseta, pero por lo visto me la he gastado inconscientemente.

—No es eso lo peor—repliqué palideciendo.  
—¿Qué sucede?  
—Que yo tampoco tengo ni un solo real.  
—¡Demonio!

Durante un cuarto de hora permanecimos sentados el uno frente al otro, sin saber qué resolución adoptar ni cómo salir del atolladero. Los mozos comenzaron a mirarnos con cierta escama y a hablarse unos a otros misteriosamente.

—¿Qué hacemos?—dijo a Millán.—Si no fuera tan tarde, yo iría a mi casa y le pediría a la patrona una peseta; pero si la despierto ahora será muy capaz de matarme. Además, vivo muy lejos.

—Tengo una idea—agregó mi primo.—En Fornos habrá a estas horas algún amigo que quiera sacarme del apuro. Espérame aquí.

Y, sin aguardar mi réplica, salió de la chocolatería corriendo.

Los mozos, al verle salir, se alarmaron en el primer instante, creyendo que yo le seguiría, pero mi quietud absoluta devolvió a su pecho la tranquilidad.

Pasó una hora. En la chocolatería no quedaba más parroquiano que yo. El dueño se puso a hacer el balance diario: después dió sus órdenes para que los mozos cerraran el escaparate y recogieran el servicio.

Yo sudaba como si estuviera en pleno Agosto, y dirigía miradas cariñosas a los camareros. Aquellas miradas decían:

—No me juzguen ustedes ligeramente. Soy un hombre de bien, incapaz de cometer una picaresca. En este instante no poseo cantidad alguna, pero pasado mañana cobraré mi sueldo de Gobernación y entonces podré pagar con exceso el importe de los dos chocolates.

Pero los camareros no sabían leer en mis ojos, y ya se preparaban a interpelarme, cuando penetraron en el establecimiento dos hombres. Uno de ellos era Millán, mi primo; al otro no le había visto en mi vida.

Millán sacó del bolsillo dos reales en cuartos, y dirigiéndose al mozo que nos había servido, le habló así:

—Tome usted el importe de los dos chocolates. Mañana vendré a darle la propina.

El mozo sonrió en señal de incredulidad, y yo me levanté de mi asiento, como si me hubieran puesto una banderilla en sitio blanco.

Dos segundos después Millán, su acompañante y un servidor de ustedes nos hallábamos debajo de un farol de la calle de Peligros.

—Voy a hacerte la presentación de nuestro ángel tutelar—me dijo Millán, cogiendo de la mano al hombre desconocido.—Este joven simpático se llama Juan Camp de Padrós, y a él debemos nuestra libertad, comprada por dos reales. De la chocolatería me dirigí a Fornos; dos amigos que allí se hallaban, y cuyo socorro solicité, carecían en absoluto de numerario; me encaminé entonces al Imperial, donde hay un mozo paisano mío que me quiere mucho y es quien me socorre en mis necesidades; pero el mozo está estos días con un dolor de costado, y no había ido al café.

Desesperado y loco, iba a intentar un ataque a mi patrona, que, aunque irascible, tiene buen corazón, cuando la suerte puso en mi camino a este joven abnegado, a quien conocí hace dos días en Capellanes. Contéle mi apuro, y él entonces me llevó a la calle de Jardines, donde tiene su domicilio. Allí buscó al sereno, y arrojándose en sus brazos, le dijo: «Pepe, tú eres un hombre generoso y humanitario. Préstame una peseta.» El sereno no llevaba encima más que dos reales, que se apresuró a facilitar a este joven generoso. He aquí la historia de mi odisea.

Estreché la mano de Camp de Padrós, que correspondió a mi salud diciendo con marcatisimo acento catalán:

—No me dé usted las gracias. Hoy por ti y mañana por mí...

Abraé a aquel chico simpático y heroico que en pleno Diciembre llevaba un ligerísimo chaquet de lanilla, sin otro abrigo ni otra defensa contra los rigores de la temperatura, y desde aquel momento nos juramos amistad eterna.

Al día siguiente fué a visitarme a mi despacho de Gobernación, donde cayó en gracia y obtuvo las simpatías de todos mis compañeros; y un mes más tarde, D. Hipólito Rodríguez, jefe del negociado de orden público, preñado de Camp de Padrós, le dió un destino de escribiente temporero con 5.000 reales de haber anual. Después trabó conocimiento con D. Manuel de Santa Ana, dueño de *La Correspondencia*, y obtuvo una de redactor en dicho periódico; pero antes de llegar a este puesto, en el que supo distinguirse por su actividad y sus condiciones de carácter, vivió conmigo en una modesta casa de huéspedes de la calle de Tudescos.

Por todo equipaje, poseía entonces unos calcetines, dos pañuelos y un fusil Berdan, que le habían entregado cuando la creación de la Milicia Nacional y que él no había querido devolver nunca.

Para satisfacer sus necesidades, y cuando aún no había obtenido la plaza de escribiente temporero de Gobernación, se dedicaba a escribir hojas sensacionales que daba a luz valiéndose de unos chiquillos a quienes tenía muy bien aleccionados.

Recuerdo que en una ocasión escribió una hoja titulada:

*Descubrimiento de los asesinos del General Prim.*

Los chicos salieron voceando la hoja por esas calles de Dios, y la gente se apresuró a comprarla.

«Ya están descubiertos los asesinos del gran hombre de Estado.»—decía la hoja.

«Queréis conocer sus nombres? Pues se llaman, el valor cívico, la virtud, la abnegación y la honra. Estos fueron los verdaderos asesinos del General Prim. Su propio mérito le condujo a la tumba.»

Camp de Padrós, después de luchar con la suerte adversa, consiguió verse elevado a la categoría de noticiero político de primera clase, y más de una vez hubo de contemplarle en íntima conversación con Cánovas del Castillo, quien le estimaba mucho, ó bien ocupando un puesto en el coche de cualquiera de nuestros magnates, que le adulaban para que les diese bombos en *La Correspondencia*.

Entonces venían a mi imaginación los recuerdos de aquella noche célebre en que tuvo necesidad de pedirle dos reales a su sereno, y pensaba:

—¿Quién lo había de decir? ¡Parece mentira que este hombre importante y rentista del Estado sea el mismo del fusil Berdan y el que guardaba todo su equipaje en un pañuelo de las narices!

LUIS TABOADA

## INDECISIÓN

Siempre que nos hallamos, nos miramos.

Sombra de amor en nuestros ojos arde;

pero, cobarde yo, tú más cobarde,

silenciosos los dos nos separamos.

Sacan los días... pacan... nos hallamos

y haciendo de pudor continuo alarde,

siempre dejamos ¡ay! para más tarde

el confesar lo que los dos callamos.

¿No has de hablar tú sin que hable yo primero.

Lo sé; pero es inútil que me explique

sabiendo que me quieto y te quieto.

Basta un suspiro tuyo que lo indique,

y allá iremos los dos sin decirlo,

como las olas al romperse el dique!

Constantino Gil.

## DIPLOMÁTICOS ESPAÑOLES

D. Cristóbal de Moura, primer Marqués de Castel-Rodrigo

FRAGMENTO DEL LIBRO PRÓXIMO A PUBLICARSE QUE LLEVA ESTE TÍTULO

Como torrente impetuoso que arrastra en su carrera cuantos obstáculos dificultan su paso, así saltaba D. Sebastián por todos los inconvenientes que a la ejecución de la empresa se oponían, sin tener en cuenta más respeto que llevar a cabo su voluntad.

Infatigable de cuerpo, un vasco acudía al campo a ver los escuadrones que se ejercitaban, corriendo por sus filas entre el polvo y el humo de los arcabuces; otras, aparecía en las calles á horas desusadas, presidiendo el cargamento de los buques, sin sombrero y tan distraído, que ni siquiera sentía el ardor del sol; é inflamado su cerebro ante tanto brillo, tanto movimiento, tanta aparente grandeza, al mismo tiempo que pedía al monasterio de Santa Cruz de Coimbra la espada y la coraza de Alonso Enríquez, el primer Monarca independiente de Portugal, alhajas que, como preciosas reliquias, se veneraban en el religioso asilo (1), encargaba á los joyeros de Lisboa que labrasen una corona cerrada de oro, para coronarse Emperador de la africana tierra.

Al igual de su Soberano, Lisboa entera se entusiasma y enardece á la vista de tanta animación, de aquel ruido y movimiento continuos, que tenían transformada la hermosa ciudad en un hormiguero de personas, oyéndose sin interrupción vivas y aclamaciones, mezclándose alegres el ruido de los clarines al lejano redoblar de los tambores y apagando el reposado tañido de las campanas con los vibrantes acordes de las marchas guerreras. La gente, sin distinción de clases, pasaba el día en las calles, en el campo, corriendo de un lado para otro, unas veces admirando la entrada de algún caballero, seguido de sus parientes y soldados, que cruzaban las plazas entre el marcial ruido de las cajas y los aplausos de la multitud, admirada ante la riqueza de su atavío; otras, huyendo desordenadamente por venir á las manos algunos soldados extranjeros.

Todo era bizarría, todo lujo y despilfarro. ¡Adiós severas pragmáticas de D. Juan III, adiós morigeradas costumbres de la antigua Corte, que consideraba gran exceso que un Príncipe adornase con oro la lana del traje el día de sus bodas! Ahora, por el contrario, todos necesitaban cegar sus ojos con el brillo del omnipotente metal: oro en los trajes, en los caballos, en las banderas, en las libreas de los servidores, en los navios, en las tiendas de campaña, y mezclados con el oro, terciopelos y sedas, bordados y plumas, perlas y diamantes, joyeles de piedras preciosas y esmaltes singulares.

Los nobles, con nuevo prodigio, se vistieron á fuer de castellanos, y en lugar de acicalar y afilar las armas, recamaban y bordaban los vestidos; en lugar de coasetes proveían las mochilas de jubones de seda y brocado; en lugar de agua y bizecho, cargábanse de azúcar y conservas; los vasos eran de plata, las tiendas y pabellones forrados de seda, é infinitas todas de raso; cualquiera de los nobles iba engalanado como si fuera un Rey; y, mientras tanto, los soldados parecían de hambre, que al fin, como dice un historiador (2), parece que entendían que el que más galán se presentaba, más compuesto y mejor provisto de regalos, había de vencer primero al enemigo, contra la opinión de los verdaderos soldados, que creen, que cuando el hombre va á combatir vestido de seda y oro queda muerto ó cargado de hierro, y cuando va cubierto de hierro, vuelve victorioso y cargado de oro.

Con tan escandalosa disipación, arruinábanse muchas familias; pero qué importaba aquel detalle? no iban á conquistar un imperio? Nadie, en efecto, se preocupaba del porvenir; gozaban del presente con todas sus potencias y cerraban los ojos ante las demás eventualidades. Las damas, cubiertas con sus negros mantos y seguidas por sus dueñas y escuderos, recorrían los grupos, dejando ver los delicados chapines y entablado diálogos con los caballeros; las busconas y mozas del partido, vistosamente ataviadas, no bastaban á colmar de favores á aquella juventud ansiosa de goees; los gentiles hombres lucían en su pecho los dones y favores de las bellas, vistiendo á sus criados con los colores de la señora de sus pensamientos; multiplicábanse las serenatas y reuniones; veíanse llenas las iglesias, y los predicadores, entusiasmados, pronosticaban desde el púlpito el exterminio de los herejes; los limosneros ó cofrades, levantando en sus manos alguna reliquia venerada, dábanla á besar á los soldados en alguna plaza; y entre tanta alegría, tanto galanteo, tanto despilfarro, contrastaban la tierna despedida de alguna madre que venía acompañando á su hijo desde el Algarbe, ó otra lejana provincia, las lágrimas de alguna prometida que veía alejarse al objeto de sus amores, tal vez para no volver más, las crueles ansias de alguna esposa que daba el último adiós á su adorado compañero, y que al verle embarcar en el navio, levantaba con sus brazos al fruto de sus entrañas, para que al alejarse de su patria fuera el úl-

timo punto de vista que fijara la atención del valeroso soldado.

¿Pero quién pensaba en conmovirse? Allí no había sino juventud; fuera los ancianos que enturbiaban los placeres con sus advertencias y amargan las victorias con sus desconfianzas! El Rey daba el ejemplo rodeándose de los caballeros más entusiastas y menos experimentados de su corte, y todo el ejército había de imitarle; los soldados, sufriendo sin protesta los trabajos y las fatigas, y los fidalgos adornándose con esmero, hablando con arrogancia, poniendo el sombrero inclinado hacia atrás con aire de matón, y prometiendo, delante de un corro, ser el primero en clavar una espada en los muros de Larache, al mismo tiempo que mirando con lánguidos ojos á la primera dama que pasara á su lado luciendo complicados y galantes adornos en su atavío.

No faltaban tampoco en el vulgo ignorante y superstitioso, y aún en algunos caballeros tímidos ó pusilánimes, murmuraciones, cuentos, que se repetían en voz muy baja en una calle oscura y silenciosa; historias, de que se reían los aventureros de la bandera de Cristóbal de Tavora; chismes, ante los que los viejos inclinaban tristemente la cabeza; palabras, que movían á algunos soldados á gastar sus ducados en brevajes y amuletos que algunas brujas les proporcionaba, abusando de su credulidad; presentimientos que asustaban á las mujeres y les hacían prometer orios y penitencias, romerías á San Antonio y novenas á la madre de Dios. Después de la aparición de un cometa atemorizador, asegurábase que el espectro de D. Juan III se había presentado, por tres veces, á Fr. Luis de Moura, anunciándole tremendas catástrofes; se contaban otras visiones de religiosos, á cual más espeluznantes, y decíase, por último, que una tristísima voz acompañaba á Vasco de Silveira, capitán de la Armada, lanzando varias veces un ¡ay! lastimero, y según la mayoría de las versiones, queriendo D. Sebastián apreciar por sí este prodigio, había visto una pavorosa sombra que, aumentando de tamaño hasta tomar proporciones gigantescas, dijo con voz doliente: ¡Choro por min, choro por ti, choro por quantos vaos!

ALONSO DANVILA

## Á LAS FLORES

Flores, hermosas flores, que sois nido de amores y de los verdes prados alegría, desplegado vuestros mantos de colores que ya amanece despejado el día.

Ya el sol de la mañana que su faz soberana eleva audaz sobre la altiva cumbre, con los vivos destellos de su lumbré los prados y los bosques engalana.

Ya la risueña brisa, cuya dulce sonrisa supo entre huracán violento, maravillosos cuentos improvisa con blando tono y amoroso acento.

Ya el arroyo impaciente, cual plateada serpiente por entre riscos y entre hierbas corre; ya llama más alegre al penitente la sonora campana de la torre.

Ya su azul luce el cielo, el ave intenta el vuelo para lucir la pluma de sus alas, y palpita en las plantas el anhelo de descubrir sus escondidas galas.

Al nacer claro el día, la arboleda sombría al beso de la savia se estremece, y por doquiera despertar parece la hermosura, el amor, la poesía.

Flores, pues, bellas flores que sois nido de amores y adorno virginal de la pradera, desplegado vuestros mantos de colores y á besaros vendrá la Primavera.

Esa blanca aureola de rocío, que viola el blando sueño de la flor dormida, despierta vuestra espléndida corola á los gratos placeres de la vida.

¡Oh, si la flor supiera la vida placentera, vida de triunfo que le aguarda! Antes que el sol sus pétalos abriera, impaciente diría: ¡Cuánto tarda!

Sabedlo. Rayos de oro buscarán el tesoro oculto en vuestro cáliz reluciente, y prorrumpiendo en cántico sonoro perlas de nécar brotará la fuente.

Para hablaros de amores, vocablos seductores inventarán y mágicos idiomas las aves, los arroyos, los fulgores, los bálsamos, las brisas, los aromas.

E igual nuestra belleza y virginal pureza reinará en medio del jardín ameno, que al pie de una ruinoso fortaleza ó de una dama en el turgescente seno.

Flores, hermosas flores que sois nido de amores, y hermosura y placer y poesía, desplegado vuestros mantos de colores, que ya amanece despejado el día.

MARIANO DE VAL

14 Febrero 1900.

## MAESTROS Y DISCÍPULOS

Estudiando, siquiera sea superficialmente, la vida literaria de España, se advierte en seguida que aquí falta, debido acaso á lo hurano y arisco de nuestro carácter ó á causas más hondas y complejas, esa íntima unión, ese lazo estrecho, esa corriente simpática que en otros países, más afortunados que el nuestro intelectualmente, se echa de ver entre viejos y jóvenes, entre los que ya cinen laureles y los que aspiran á ceñirlos.

Y no sólo se advierte esto, sino cierta enemiga rencorosa, llena de recelos y preocupaciones, siempre alerta en previsión de alguna añagaza ó zanca-

dilla, por virtud de la cual viejos y jóvenes forman dos bandos contrarios que *tiran á matarse*, como vulgarmente se dice, valiéndose en muchos casos—tanto puede en ellos el odio—aun de las armas más reprobadas y arteras.

Esta es la triste verdad. Los que debían ser maestros y discípulos, salvo excepciones tan honrosas como contadas, no se cansan de zaherirse y morderse, ó al menos de dispararse inequívocas pullas, ya en los rincones de los cafés, ya en las amezacotadas columnas de los periódicos, aunque en éstos siempre aparece embotada la punta del dardo ó del insulto. La hipocresía y el egoísmo, cualidades características de estos miserables tiempos, no podían menos de aconsejar á los escritores esa prudente conducta.

En tal disposición los ánimos de hoy y de otros, no es de extrañar que rara vez se hagan justicia, y esto más como quien concede una gracia que como quien otorga una recompensa. Los viejos niegan en redondo la aptitud de los jóvenes para sustituirlos; los jóvenes no quieren ver en los viejos merecimientos de ninguna clase, sino más bien un estorbo que les cierra el paso y los condena á obscuridad perpetua.

A aquéllos y á éstos engaña y ciega la pasión, con perjuicio notorio para todos, y singularmente para las letras patrias, ya que los viejos, por despreciar á los jóvenes, no suelen afinar con el gusto reinante, y que los jóvenes, por no hacer caso de los viejos, de milagro aciertan á escribir una obra que no sea fragmentaria, desordenada y original en demasía.

¿Cuándo terminará este estado de cosas tan anómalo como peligroso? ¿Cuándo se firmarán las paces entre la gente vieja y la gente moza? ¿Cuándo volverá á haber en España maestros y discípulos?

Ello es difícil de contestar, y no será yo, triste aprendiz de literato, quien se arriesgue á dar una respuesta categórica en un sentido ó en otro. Sólo me atreveré á declarar que, en alguna que otra ocasión, he creído notar con íntimo regocijo ciertas corrientes de aproximación y de concordia entre ambas «partes beligerantes.»

Si no estoy equivocado, si mi observación, siquiera sea á la larga, viene á ser corroborada y confirmada por los hechos, ¡qué satisfacción más grande y más pura para cuantos amamos las letras españolas, hoy tan desmedradas y marchitas!

Porque, digase lo que se quiera, no hay en el orden intelectual placer más vivo y punzante que el causado por ese noble, varonil y fecundo comercio del espíritu, en que consisten las relaciones de maestros y discípulos, y sin el cual, dificultada toda alianza entre la tradición clásica y las ideas novísimas, é impedido todo estímulo, no es posible movimiento alguno regenerador verdaderamente provechoso.

PEDRO ANGEL

## HALLAZGO LITERARIO

Es muy corriente, aun entre aquellos que se precian de estar al tanto del movimiento literario, no leer ni conocer sino las obras y los autores que están de moda.

Y no quiero significar con esto que las tales obras y los tales autores sean siempre pasajeros y superficiales, como la palabra moda indica generalmente.

No; harto sé que hay literatos que están de moda y no dejarán de estarlo mientras el arte y la belleza vivan.

Pero lo que sí diré es que se encuentran muchos escritores quienes, por varias y diversas circunstancias, no logran que sus nombres figuren—como en toda justicia debiera ser—al lado de los maestros conocidos.

Ocurre frecuentemente, y permítaseme la comparación, en todo lugar y en todo tiempo, que se canten alabanzas en honor de determinadas hermosas y pasen inadvertidas mujeres, cuyos encantos son tantos y tan exquisitos como los que atesoran aquellas reinas de la belleza.

¿Por qué ocurre esto?

Ya he indicado que son varias y diversas las circunstancias que suelen concurrir en estos casos; pero ni me he propuesto, ni es ocasión para ello, señalarlas y analizarlas.

Lo que sí deseo es declarar por qué se me han ocurrido estas reflexiones.

Examinando por casualidad los estantes de una biblioteca particular, me llamó la atención leer en el canto de un modesto volumen: «Lucrecio.—Naturaleza de las cosas.—Versión de M. R. Navas.»

Una traducción en castellano de la monumental obra latina. ¿Cuándo? ¿Quién?

Abri en seguida el tomo, y cuando vi que el prólogo iba firmado por Pi y Margall, declaro que me avergoncé mucho de mi sorpresa, pues era verdaderamente extraño que, aun cuando no sea sino un medianísimo lector, desconociera en el año corriente una obra tan importante como la traducción citada, impresa en 1893 y con el visto bueno de autoridad tan indiscutible como la de D. Francisco.

Sin embargo, fui disculpando mi confusión al pensar que no debía de ser yo solo el ignorante, cuando no recordaba haber oído ni leído nada que á esa obra hiciera referencia.

Seguro estoy de que algunos se *habrán* ocupado de ella, pero seguro estoy también de que no *habrán* abundado mucho, y desde luego se puede afirmar que no ha obtenido la resonancia literaria que debiera una maravillosa traducción de una obra inmortal.

He declarado, y lo repito con toda sinceridad, que no me tengo sino por medianísimo lector y sin otra autoridad para escribir estas líneas que mi compañerismo en juventud con los redactores de LETRAS DE MOLDE; pero el más humilde puede hacer una buena obra, y yo creo que la hago señalando, á los que no la conocen, la meritísima labor de D. Manuel Rodríguez Navas.

Sancionada por muchas generaciones está la admirable obra de Tito Lucrecio Caro, DE REBUS NATURA, y no son escasas las alabanzas que se han tributado al insigne escritor romano, que en el año 658 de la fundación de Roma, pensaba y escribía en muchas ocasiones como cualquiera de los grandes pensadores y escritores de nuestros tiempos.

Toda persona culta sabe que la obra de Lucrecio es una de las más grandes creaciones de la inteligencia.

Todo lo que sea propagar esas grandes creaciones es digno del mayor encomio.

Ha dicho, no sé quién, que una traducción de una obra puede tener tanta importancia como la obra misma.

Y esto es indudable, cuando la obra traducida está

(1) Jornada del Rey D. Sebastián de Portugal á Africa, donde se perdió y murió. Ms. de la Biblioteca Nacional. Co. 73, fol. 137.

(2) Juan Cisneros. *Historia de Portugal*. Tomo 1, pág. 26.